

escaparate de juguetes y ante él paso horas y horas hasta aprenderme de memoria las mil ingeniosas tonterías producto de la agudez humana.

Los juguetes traen á mi memoria alegrías candorosas, alegrías de ángeles, y nada tan grato, tan sencillamente adorable, que evoque sentimientos tan puros como la sonrisa fresca, inocente, de una carita blanca y rubia ante un payaso de cartón ó un automóvil en miniatura.

Los juguetes producen también en mi sér. amarguras muy dolorosas. La privación y el deseo de esos pequeños niños harapientos y descalzos que, empañando vahosos la luna del escaparate del BAZAR MURCIANO, contemplan con ojos descañados múltiples y preciosos juguetes que no llegan á poseer jamás, ¡tienes dejos tan amargos...!

EDUARDO PARDO

ESTRATÉGICO

Si yo tuviera, querido Ricardo, que calificar el Bazar Murciano, no le llamaría el acreditado, ni el elegante, ni el surtido, por no *bombearle* con adjetivos manoseados; ni el lujoso, ni el amplio, ni el antiguo, ni el económico, porque aun teniendo todas esas condiciones ninguna es su característica; tampoco le llamaría el simpático, que no es esa cualidad del Bazar, sino tuya, ni el preferido porque esta es idea de comparación: le llamaría el estratégico, porque hay que ver el Bazar Murciano y sus inmediaciones de siete á nueve de la noche!

Para unos es el lugar de acecho ó sitio al menos de disimulada espera; para otros entretenido punto donde se pierde deliciosamente un rato con el *flirteo* de tus adorables compradoras; menos mal que entre el acecho, la espera y el *flirteo* se van llevando la delicada boquilla de espuma, el último modelo de bastones ó el frasco de colonia Gal y así tú también ves pasar á tantas gentes de tantos gustos, unas acechando, otras esperando, otras que flirtean y otras que compran.

JUAN A. PEREA.

A Ricardo Blázquez

Conozco quien se agita por el mundo buscando el amuleto salvador que cambie en dichas el dolor profundo y dé á las almas juventud y amor.

Difícil es hallazgo tan preciado en los presentes tiempos alcanzar; mas si ese talismán no han encontrado, es que no han visitado tu Bazar.

TIRSO CAMACHO.

EL BARCO LATINO

La dependencia del BAZAR MURCIANO en Cartagena me mostraba la carta apremiante de Ricardo Blázquez, reclamando dos cuartillas más para el número de este año de su precioso periódico. El plazo era perentorio, el compromiso inexcusable. ¡Pero, y el asunto, el tema para esas dos cuartillas?... El tema, el asunto, me lo proporcionaba en aquel mismo instante un hermoso niño, que radiante de gozo abandonaba el establecimiento.

Blanco, rubio, sonrosado, vestido de marino, el pequeño infante conducía en sus manos un lindo barquito de latina vela. El casco de la embarcación era azul, como su ropita. El júbilo más intenso se reflejaba en los vivos y grandes ojos, en todo el expresivo y simpático semblante del niño. ¡Qué de proyectos acariciaba éste, relacionados con el barquito aquel que llevaba como una reliquia, como un tesoro, en sus manos inocentes!

Por lo pronto, al día siguiente flotaría el barquito en su baño. ¡Qué felicidad! Verlo deslizarse suavemente, blandamente, sobre la superficie cristalina, ligeramente turbada de vez en cuando por el manotear gracioso del bañista diminuto. La gallarda y enhiesta vela, pasearía orgullosa su belleza latina, impulsada por el empuje de las pequeñas é improvisadas olas.

Decididamente, el niño y el barquito me proporcionaban asunto y tema para mis dos cuartillas. Tema repetido, sin novedad, pero de un interés eternamente renovado, como todo aquello que con los niños se relaciona. La impresión de gozo delirante que en sus tiernas almitas de ángel produce la posesión de un bonito juguete.

Y por un encadenamiento de reflexiones, que en ocasiones análogas se origina siempre en mí, la alegría expansiva de aquel niño á la vez que me regocijaba, me entristecía. Viéndolo á él, dichoso con el barquito en sus manos, me acordaba de los pobres niños que no tienen barcos ni juguetes; que los contemplan con ansiedad en los escaparates y con envidia en poder de otros niños más afortunados.

En aquel momento hubiera querido reunir en torno mío á una legión de esos pequeñuelos deheredados, y en nombre de su hermano el niño radiante del barco latino, repartirles cuantos juguetes abarcaba mi vista en la espléndida sucursal digna del BAZAR magnífico de que es órgano el periódico en que leéis estas líneas.

F. BAUTISTA MONSERRAT.

EN EL ABANICO

DE UNA MURCIANA

¡Qué dichoso tu abanico, niña hermosa, por tus manos agitado blandamente, cuando alivia por la siesta calurosa, con caricias, los ardores de tu frente!

Si le sirve en un bostezo de pantalla á tu boca seductora, pierde el seso, y aunque el tuno muy taimado se lo calla, en los labios purpurinos te da un beso.

Y si acaso lo reclinas indolente junto al seno que se mueve cadencioso, sus varillas se estremecen dulcemente al contacto de tu cuerpo delicioso.

Pues te engañas, si al mirarlo inanimado incapaz lo consideras de adorarte... ¡Lo que tocas con tu dedo sonrosado, toma vida y sentimiento para amarte!

Y aunque tú no los escuchas, despiadada, mil requiebros te murmura cariñoso, cuando en torno de tu oreja nacarada bate el aire complaciente y presuroso.

¡Qué dichoso tu abanico, niña hermosa, por tus manos agitado blandamente, cuando oculta tu sonrisa maliciosa, cuando juega con los rizos de tu frente!

JOSÉ DE LA CUESTA.

SR. D. RICARDO BLÁZQUEZ

Muy señor mío y estimado amigo: Busqué inspiración para mi artículo en su escaparate y solo ví maletas y baules que sugieren viajes á remotas playas donde la vida es itusión.

Estos objetos siempre allí fijos han despertado en mí la nostalgia del mar, del aire puro, y de calles, donde los tropiezos son torpezas de los transeuntes y no culpas de los Concejales.

Yo sé que en estos días el escaparate sufrirá una variación, que las evocadoras maletas y baules dejarán plaza á las muñecas que abren y cierran los ojos y á juguetes mecánicos que todos quisiéramos: pero ¿quién atraviesa la Platea?

Le perdonaré, Ricardo, si consigue del inevitable Gal un específico que haga crecer los gastados adoquines de su calle.

Y le prometo que si así lo hace todos los días se cruzarán nuestros saludos rientes.

VICENTE LLOVERA

EL ENSUEÑO DE LAS PORCELANAS

Esas lindas porcelanas, miniaturas de mil finas filigranas que hay, Ricardo, en tu Bazar, rememoran personajes de pavanas

y reales versallescas cortesanas en el viejo legendario del amar.

En el rostro peregrino, fino, mate y ambarino de esa linda damisela de minué, un madrigal gongorino diluyó el rumor ladino con que á sabios jueces venciera Friné.

Y hay un viejo impertinente, sonriente, que se inclina irreverente entreabriendo su bordado casacón: la blanca peluca cae sobre la frente marfileña, reluciente... En el fondo punza hondo un aguijón.

La vitrina ¡cuánta historia peregrina de las porcelanas podría contar!... Galatea la divina gongorina, Friné y Mesalina... ¡las del legendario eterno de amar!

Hay una melancolía de crepúsculo y de umbría en los ojos de las lindas figulinas del amor; un ensueño de ojos garzos, un ensueño silencioso como el agua adormecida de (eternamente) (la fuente) del dolor...

J. MARTÍNEZ ALBACETE.

EN EL PARAISO

No sé que *quid* misterioso, de dulzura incomparable, tiene en su palabra mi queridísimo Jefe D. Ricardo Blázquez, que á sus cariñosas sollicitaciones no hay pluma brillante que se resista, ni voluntad empedernida que no se ponga á su servicio.

Ignoro si en los hermosos días de su dorada infancia libaron en su boca las abejas mieles de portentosa elocuencia como en la boca del Crisóstomo. Pero aseguro que si no lo hicieron fué por no morir en panales de dulzura tan excesiva y *perigliosa*.

¡Cuántas personas no han sido víctimas de esta atracción tan poderosa como inexplicable de D. Ricardo!

Hay que entrar en el Bazar, conocer las interioridades de esta casa en que se deslizan dichosos los días de mi existencia, para admirar la maestría con que tiende las redes y el gozo con que contempla el enredarse de las pesetas entre sus mallas.

Persona hubo que traspasó los sagrados umbrales de este palacio, síntesis maravillosa de todas las novedades y caprichos de la tierra, que penetró, repito, en esta morada de la riqueza, del gusto y del cariño, sólo por estrechar con efusión la mano de D. Ricardo y salió con las dos propias cargadas de chanclos de goma, de salvadora eficacia y estructura incomparable.

Por supuesto que cuando tal sucede, si el interesado toma á su cargo la conducción de los *chanclos*, no es sin las vivas protestas de mi Jefe y las *mias hasta el extremo ardientes y desinteresadas*

Fuera de que si yo solo estuviese en cargado de la traslación de los millares que se expenden, preciso sería multiplicarme hasta el infinito; porque para dar pobre idea de la extraordinaria venta de los chanclos, apenas será suficiente saber que llegan todos los días á manos de mi querido D. Ricardo, cartas de los dueños de balnearios medicinales, exasperados con la repentina desaparición de los reumas.

Yo, la verdad, pensé seriamente aun que con profunda tristeza abandonar es te alcanzar; porque una enfermedad gravísima puso mi vida al borde espantable del sepulcro y á la cabecera de mi lecho convinieron todos, el médico y el veterinario, los curanderos afamados y las inteligentes comadres, que la causa de mi dolencia era el haber respirado el aire enrarecido por tanta goma de innumerables chanclos.

La parca compadeciéndose de mí, porque al fin yo soy un ruiseñor inocente que ni á la muerte molesta con sus trinos infantiles. Llegó el suspirado día de la

convalecencia, dirigí mis pasos temblorosos á mi Bazar y de D. Ricardo, y cuando penetré en su regia y suntuosa estancia ¡sorpresa feliz! el olor desagradable de la goma había desaparecido, cediendo el lugar al delicioso aroma de la *Colonia H y T Warden's*.

Fragancias encontré que para sí quisieran los niveos jazmines y los delicados nardos; perfumes que envidiarían las bellas florestas andaluzas; emanaciones odoríferas que no exhalan la mirra y el incienso. Apoderóse de mí la fascinación, hija del éxtasis; creí hallarme en el Paraíso; pregunté por Adam, por Eva por la serpiente... y D. Ricardo de mi alma, sacándome del éxtasis, me dijo:

—Las Evas, pero las Evas puras, inocentes, inmaculadas, bellísimas, son esas muñecas de rosadas mejillas y ca bellos de oro... Los Adanes, pero Adanes ciegos, impenitentes é inexcusables, son los que cruzan sin chanclos las calles y las plazas en los días helados del invierno... y la serpiente los fétidos olores y el reuma que se enroscas por la tibia, se sube traidor y silencioso por el fémur, y llega por fin al corazón, donde produce la muerte... Contra serpiente tan maligna, añadió D. Ricardo, sólo dos remedios hay: «Colonia H y T Warden's y Chanclos de goma!»

En mi Bazar está, pues, la Redención. Y... ¡quién se marchaba ya de la salvadora compañía de D. Ricardo, de este dulcísimo redentor de los hombres!

A sus órdenes, pues, y á las de todos me tienen ustedes en este Bazar Murcia no, el más simpático, económico y magnífico de todos los Bazares.

EL APRENDIZ DEL BAZAR.

SEPTIEMBRE

Apenas el estampido rompe de la fiesta clásica, la línea del mes de Agosto que le sirve de atalaya, cuando va EL BAZAR MURCIANO corriendo de casa en casa y llevando en sus columnas alegría condensada. Este periódico es gloria, este periódico encanta. Es alegre pandereta de mil colores pintada; tiene trovas andaluzas y tiene coplas murcianas y tiene olor á jazmines y alegría de guitarras. Es paloma mensajera que lleva para la infancia un nuevo gozo cada año que alegra las tiernas almas.

Yo miro en él con respeto el sonajero de plata, el uniforme del húsar, la brumida cimitarra, los soldados aplomados, las trompetas y las lanzas; todo lo que me recuerda ese mundo que se pasa al galopar de los años como triste cabalgata.

Pero tiene en sus renglones también para edades altas brillos de trajes de luces, sonos de clarín de plaza, pebeteros de verbenas y relumbrar de miradas, de esas miradas hermosas de las mujeres murcianas.

Es este BAZAR MURCIANO la Nona que Blázquez lanza, á que repique á alegrías cuando las fiestas lo llaman; la Nona que nos anuncia el fáusto mes que desgrana esas vegeteras mazorcas que los maizales rematan; el mes que huele á membrillos con profusas oleadas de nardos y de jazmines, de yerba-buena y alábega.

Todo eso lleva en sus sonos la tradicional campana que los murcianos repican al compás que Blázquez marca, con sus badajos de plumas que vibran á carcajadas. ¡Quiera Dios que muchos años oigamos su toque de alba...!

P. JARA CARRILLO

Tip. de "La Verdad".—Polo de Medina, 2.—Murcia.